

BOKASSA I: EL PI

TRAS Idi Amin, Anastasio Somoza y Francisco Macías, el Emperador de Centroáfrica, Bokassa I, era el penúltimo tirano en el poder. Para los países occidentales, tutores de tales personajes, Bokassa era un escándalo inútil. A partir de este convencimiento, sus días estuvieron contados. En París se denunció la matanza de los niños y Francia apoyó la creación de un comité de oposición al tirano. Ya se pensó entonces en sustituirle por un hombre "liberal" y moderado, buen amigo de Francia, por añadidura.

Esta sucesión ha recaído en un viejo conocido: el ex presidente David Dacko, del que se espera que no pondrá en peligro los intereses franceses en las explotaciones de uranio de Centroáfrica. Casualmente es un primo del Presidente Giscard el administrador general de Technicatome y Framatome, las empresas que se ocupan de tan prometedor negocio.

Bokassa se hace rogar

"¿Qué te pasa, papá? Dinos qué tienes. Tú sabes que haremos lo que quieras. Que estamos prontos a dar nuestra vida por ti".

"No, no podéis hacer nada". Y, después, ante su insistencia: "En realidad, querría ser Emperador, pero sé que no vais a estar de acuerdo".

Este insólito diálogo tenía lugar en los primeros meses de 1976, en una casa de campo a 40 kilómetros de Bangui, capital de la entonces República Centroafricana. Los suplicantes eran el Gobierno en pleno, encabezado por el primer ministro, Elizabeth Domitien. El hombre que ha recibido, en sueños, una indicación divina para que se haga Emperador es una persona con signos de preocupación. Ha adelgazado, va sin afeitarse y tiene los ojos fatigados. Es el Presidente vitalicio y mariscal supremo Jean Bedel Bokassa.

Pocos meses más tarde, las cosas se precipitarían. El 3 de diciembre de ese mismo año, durante un enorme banquete de 5.000 cubiertos, el Presi-

dente anuncia solemnemente que "decisiones extremadamente graves" serán hechas públicas. Y al día siguiente, en el Palacio de los Deportes de Bangui se procedía a la lectura de un documento por el cual la República se convertía en Imperio y el Presidente vitalicio Jean Bedel Bokassa se convertía, por gracia y justicia de su imperial gana, en Bokassa I. Según escribía René Backman (1), el dictador había intentado por todos los medios que el Papa Pablo VI se trasladara a Bangui y le coronara con sus propias manos. El arzobispo católico de Bangui tuvo serias dificultades para explicar a Bokassa que constituiría un "grave error político" que fuera coronado por una alta jerarquía de la Iglesia católica.

Claro que no era la primera vez que el mariscal cambiaba de nombre y de chaqueta. Fue cristiano y musulmán, profrancés y prochino, se vistió con el austero uniforme de paracaidista, con el recargado uniforme de mariscal (el pecho recubierto de medallas y condecoraciones) y con el

(1) René Backmann, "Sacré Bokassa I", "Le Nouvel Observateur", 5-XII-1977.

extravagante atuendo de Emperador que llevaba en las grandes solemnidades: sombrero picudo recubierto de plumas, grandes charreteras y complicados bordados. Por si fuera poco, su nombre original de Jean Bedel Bokassa también sufrió continuos sobresaltos y variaciones: a raíz de ciertos préstamos venidos de Libia pasa a ser Salah Edine Ahmed Bou-Kassa. Para desembocar, al fin, en este glorioso Bokassa I, revestido de majestades prometedoras.

Marcando el paso

Jean Bedel Bokassa empezó su carrera con el fusil al hombro. Durante la segunda guerra mundial fue cabo en el Ejército Libre francés de África y, al final de la contienda, tras el triunfo de los aliados, va subiendo poco a poco los escalones del poder. Es enviado a Indochina, donde alcanza el grado de suboficial.

Cuando deja el Ejército francés ha alcanzado el grado de capitán.

Mientras, en su país, la República Centroafricana, han ocurrido muchas cosas. Un sacerdote que colgaría los hábitos para casarse con su secretaria francesa, de nombre Barthelemy Boganda, es el padre de la independencia y primer ministro en 1958 de la autónoma República Centroafricana. Tras su muerte, en un poco claro accidente de aviación, es nombrado Presidente el joven maestro de veintinueve años David Dacko, que era su brazo derecho en política desde hacía tiempo. La independencia definitiva le sería concedida a la República Centroafricana el 13 de agosto de 1960.

Ahora bien, ya tenemos de vuelta a Jean Bedel Bokassa con sus galones de capitán. Como primo del Presidente Dacko, ocupa un destacado puesto en el Ejército del país. Las buenas relaciones de familia durarán poco: en la no-



Ceremonia de la coronación como Emperador de Bokassa I, diciembre de 1977.

EL ÚLTIMO TIRANO

RAMIRO CRISTOBAL

che de San Silvestre de 1966, los soldados de Bokassa detienen al Presidente y al resto de los ministros. De un plumazo quedan abolidos el Parlamento, la Constitución y las elecciones. Bokassa se nombra a sí mismo Presidente vitalicio, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas y líder del partido único MESAN (Movimiento de Evolución Social del África Negra). Más tarde se reserva para sí nada menos que diez carteras ministeriales y llega a ostentar la presidencia de los Consejos de Administración de la mayor parte de las empresas estatales. Un poco más tarde se nombra mariscal.

Disgustos de familia

Pero no todo marchaba sobre ruedas. A pesar de su refinada crueldad para castigar lo que califica de traiciones, Bokassa sufría, de cuando en cuando, contrariedades. Su imponente pechera, con cincuenta cruces y condecoraciones, no causaba respeto por igual.

Ahí está el caso del comandante Fidel Oudrou, un brillante y joven militar casado con la hija del propio Bokassa. El 3 de febrero de 1977, la guardia de honor espera en el aeropuerto de Bangui al Presidente, que va a pasar unos días en el parque nacional de Ndelé. Al fin, Bokassa llega; en el momento en que va a tomar el avión, uno de los oficiales de la escolta le arroja una granada que cae a sus pies... Alarma general. Todo es superfluo: la bomba no explota y la ira del jefe se precipita. Comienzan las detenciones de los implicados en el complot y, al cabo del mismo, como era de prever, el propio yerno de Bokassa, Fidel Oudrou. Un buen día se descubre su automóvil junto a la orilla del río Ubangui, en la frontera del Zaire. No se vuelve a saber de él. ¿Ha huido y

está en el Zaire escondido o ha sido eliminado discretamente por los servicios secretos del Presidente?

No menos dolorosa es la actitud crítica de la primer ministro Elizabeth Domitien. Cuando Bokassa le expresa su deseo de ser Emperador, le responde: "Efectivamente, hay un problema, papá. ¿Qué van a decir en el extranjero? Ya sabes cómo se acogieron los nombramientos de mariscal y de Presidente vitalicio". El Presidente la mira y responde: "Ya te había dicho que no podías hacer nada por mí".

La conversación termina así, pero pocos días más tarde la señora Domitien debe abandonar su cargo de primer ministro. Bokassa perdió entonces su mejor y más inteligente colaborador.

Claro que aún han salido bien librados. Hay otras historias bastante más sangrientas, como cuando mandó sacar los ojos, en presencia de su familia, a Michel Mounombaye, ex jefe de seguridad, antes de entregarle al pelotón de fusilamiento. O cuando la guardia personal rompió a golpes la columna vertebral del comandante Alexandre Banza, acusado de complot. Tras esta tortura, Banza fue paseado por las calles de Bangui y rematado a tiros.

Problemas de dinero

El dictador no administraba bien su dinero y el de los demás. Iba saliendo adelante gracias a su probada fidelidad a los antiguos poderes coloniales. Esta mansedumbre y obediencia le valía la bonita suma de cinco millones de dólares anuales, que Francia le entregaba puntualmente en concepto de asistencia presupuestaria.

Pero como nada es eterno, aun en esto las cosas comenzaron a fallar. Francia exigió



El suntuoso trono de Bokassa, que acaba de perder.

que una comisión de expertos examinara el destino de los préstamos. Y las inversiones extranjeras —canadienses y norteamericanas, en su mayoría— comenzaron a retraerse ante la arbitrariedad del Emperador, que unas veces las imploraba de rodillas y otras las ahuyentaba acusándolas de neocolonialistas.

Fue en el curso de uno de estos malos momentos económicos cuando se acordó de Libia y los dólares que da el petróleo. En otra ocasión había recurrido a los préstamos de Francia y de la propia Sudáfrica.

Bokassa recibió el préstamo y cambió la chaqueta, la religión y el nombre. Hizo una visita al Congo-Brazzaville, país progresista de la zona, visitó China y hasta en su propio país dejó todas las carteras ministeriales y puso en libertad a su primo, el encarcelado ex Presidente Dacko, al que, lanzadas viejas rencillas

a la mar, nombró consejero privado.

El cambio no fue duradero. Con motivo de su coronación, invitó a su flamante amigo, el coronel Gaddafi, a asistir a la misma. El Presidente libio se negó a respaldar esta nueva bufonada y las relaciones terminaron. Sólo el Presidente Mobutu, de Zaire, estuvo presente.

Insostenible

Es signo de los tiempos. No se puede mantener a tiranos de medio pelo que no saben cubrir la depredación colonial con una mínima fachada de libertad democrática y prosperidad en su propio país. Bokassa tenía que ser sustituido antes de que estallase una revolución nacionalista de verdad. Así lo han aconsejado sus importantes yacimientos de uranio en la región de Bakouma, de gran futuro estratégico. ■